

COMUNICACIÓN CIUDADANA EN MONTES DE MARÍA- COLOMBIA



Clemencia Rodríguez *

Resumen

Tanto en el mundo del activismo en torno a los medios como en ámbitos académicos se utiliza una multiplicidad de términos para referirse a medios sin ánimo de lucro manejados desde instancias cercanas a la comunidad local. Entre estos términos se destacan: medios alternativos, medios participativos, medios comunitarios, medios populares, medios radicales, en francés se usa *médias libres*, en inglés *grassroots media*, medios alterativos y medios ciudadanos. En este artículo se alude a “medios ciudadanos” acuñado por la autora en su libro *Fissures in the Mediascape* (2001).

El Colectivo Montes de María surgió en 1994, cuando un pequeño grupo de jóvenes intelectuales de El Carmen de Bolívar- Colombia [1] adoptaron la costumbre de reunirse en la plaza central. El Colectivo realiza capacitación en producción radial y televisiva, cuenta con el proyecto de cine callejero itinerante, y con un canal de televisión por cable. A través de su “escuela sin muros”, el Colectivo ha creado un espacio de comunicación donde las generaciones más jóvenes se pueden reinventar como ciudadanos y ciudadanas [2].

En el artículo se reconstruye la experiencia del Colectivo Montes de María en el que se utilizan la comunicación como pretexto para facilitar sueños y erosionar el miedo. Por ello su fin último no es la producción mediática sino la transformación de los imaginarios, reparar el daño causado por la violencia al tejido social local -la violencia social y también la causada por el conflicto armado.

Palabras Claves:

Medios alternativos, medios ciudadanos, Colectivo de Comunicación Montes de María, activismo ciudadano.

Recibido: 1 de marzo de 2013 - **Aceptado:** 30 abril 2013.

*Profesora en el Departamento de Comunicación de la Universidad de Oklahoma, en los Estados Unidos. Desde 1984 Clemencia Rodríguez ha estudiado casos de medios ciudadanos en contextos diferentes, incluyendo Nicaragua, Colombia, Chile, Cataluña, y las comunidades chicanas en EEUU. E-mail: clemencia@ou.edu

CITIZEN COMMUNICATION IN MOUNTS OF MARIA - COLOMBIA



Clemencia Rodríguez *

Summary

Both in the world of activism around media and in academic circles there is a multiplicity of terms used to refer to non-profit media handled from instances close to the local community. These terms are: in Spanish *medios alternativos*, *medios participativos*, *medios comunitarios*, *medios populares*, *medios radicales*, in French *médias libres* is used, in English *grassroots media*, *alterative media* and *citizen media*. This article refers to “citizen media” coined by the author in his book *Fissures in the Mediascape* (2001).

The Collective of Mounts of Maria came in 1994, when a small group of young intellectuals of El Carmen de Bolivar, Colombia adopted the habit of meeting in the central square. The Collective provides training in radio and television production, has a mobile cinema project, and a cable television channel. Through its “school without walls”, The Collective has created a communication space where the younger generation can reinvent as citizens ***.

The article reconstructs the experience of The Collective of Mounts of Maria in which communication is used as a pretext to facilitate dreams and erode fear. So media production is not its ultimate goal, but the transformation of the imaginary, to repair damage caused by violence to the local social fabric-social violence and also the one caused by the armed conflict.

Keywords:

Alternative media, citizen media, Collective of Communication of Mounts of Maria, citizen activism.

Received: March 1, 2013 - **Accepted:** March 30, 2013.

*Professor in the Department of Communication at the University of Oklahoma, in the United States. Since 1984 Clemencia Rodriguez has studied cases of citizen media in different contexts, including Nicaragua, Colombia, Chile, Catalonia, and Chicano communities in the U.S. E-mail: clemencia@ou.edu

DE MEDIOS ALTERNATIVOS A MEDIOS CIUDADANOS

Tanto en el mundo del activismo en torno a los medios, como en ámbitos académicos, se utiliza una multiplicidad de términos para referirse a medios sin ánimo de lucro manejados desde instancias cercanas a la comunidad local. Entre estos términos se destacan: medios participativos, medios comunitarios, medios populares, medios radicales, en francés se usa *médias libres*, en inglés *grassroots media*, medios alterativos (un término de Rafael Roncagliolo), y medios ciudadanos.

Cada uno de estos términos enfatiza un aspecto diferente y se conecta con teorías distintas de la democratización de la comunicación; por ejemplo, al denominarlos “medios alternativos” se está haciendo énfasis en lo que diferencia a estos medios de su contraparte comercial; si los medios comerciales son verticales, los medios alternativos son horizontales; si los medios comerciales son excluyentes, los alternativos son incluyentes. Es decir los medios alternativos se definen no por lo que son, sino por lo que no son. El término “medios alternativos” acude a teorías sobre la necesidad de resistir la concentración de medios, como elemento esencial de la democratización de la comunicación.

Yo opto por medios ciudadanos. El término “medios ciudadanos” acuñado por primera vez como teoría de medios ciudadanos en mi libro *Fissures in the Mediascape* (2001) acude a la teoría de la democracia radical de la politóloga, feminista, francesa Chantal Mouffe. Como componente principal de su propuesta teórica, Mouffe formula la necesidad de re-definir el concepto de ciudadanía. Como bien sabemos, desde las teorías de la democracia liberal la ciudadanía se entiende como un estatus que otorga el estado central y que opera como piedra fundacional de la democracia. Sin embargo Mouffe cuestiona el que una institución formal otorgue el estatus de ciudadano que a su vez garantiza la participación en el proceso democrático. Mouffe propone cambiar el significado del término “ciudadanía” y “ciudadanos”. Su propuesta es que “ciudadanía” no sea un término formal y legal, sino que sea determinado por la experiencia.

Para Mouffe un ciudadano es un sujeto político, no porque se le ha definido como tal en abstracto, como un ente flotando en el universo, con sus derechos, sus privilegios y deberes; sino como una persona cuya existencia está localizada en un lugar sobre

la tierra, un lugar específico (Mouffe 1992, 1988; McClure 1992). El ciudadano existe en interacción con una serie de relaciones fuertemente ancladas en ese lugar: relaciones con sus familiares, amigos, vecinos, sitio de trabajo, iglesia. Es de estas relaciones de donde cada ciudadano extrae (o no) porciones de poder, poder simbólico, poder material, poder psicológico. Y estos poderes, cada uno con su diferente textura, son la materia prima de la democracia. Estas porciones de poder son lo que le permite a las personas jalonar su comunidad social y su entorno natural hacia la visión de futuro que tienen en mente. Entonces para Mouffe el ciudadano o la ciudadana, es la persona que cada día genera poder en medio de sus relaciones cotidianas, y usa este poder para ir transformando su comunidad en pos de una visión de futuro.

Con base en la re-definición de ciudadanía formulada por Mouffe, un “medio ciudadano” es aquel que facilita procesos donde los individuos se transforman en ciudadanos. Desde la comunicación, un medio ciudadano es catalizador de procesos de apropiación simbólica, procesos de re-codificación del entorno, de re-codificación del propio ser, es decir, procesos de constitución de identidades fuertemente arraigadas en lo local, desde donde proponer visiones de futuro. El medio ciudadano le abre un espacio comunicativo al individuo; es decir, le ofrece la posibilidad para que comience a manipular lenguajes, signos, códigos, y poco a poco aprenda a nombrar el mundo en sus propios términos. Esta apropiación de lo simbólico es elemento fundamental para dar paso a la transformación de individuos en ciudadanos (Rodríguez 2001).

El Colectivo de Comunicación de Montes de María

Es interesante anotar que la fecha de nacimiento del Colectivo coincide con la erupción de la violencia armada en la región. El Colectivo surgió en 1994, cuando un pequeño grupo de jóvenes intelectuales de El Carmen de Bolívar adoptaron la costumbre de reunirse en la plaza central en las noches a hablar de política y de poesía, o simplemente a tomar el fresco. Algunos de ellos eran profesores de colegio; Soraya Bayuelo estaba haciendo una licenciatura en comunicación en Barranquilla y le encantaba la producción de radio, Beatriz Ochoa había estudiado filosofía y gustaba del arte, la música y la literatura. El grupo discutía con vehemencia la idea de dinamizar su ciudad con un proyecto de comunicación y cultura.

Alguien llegó con una cámara de video y el grupo aprendió ese nuevo lenguaje; en esa época producían lo que Soraya llama la BBC -bodas, bautizos y cumpleaños-, pero pronto empezaron a explorar la forma de usar esta nueva tecnología, como herramienta para hacer periodismo comunitario.

El grupo llegó a un acuerdo con el dueño de un centro de formación artesanal [3]; allí establecieron una escuela de periodismo comunitario. Los estudiantes tenían la posibilidad de escoger entre cursos de panadería, bordados, o periodismo comunitario. Con su primer grupo de alumnos, Soraya y Beatriz se embarcaron en la frenética aventura de producir 20 horas semanales de noticias para televisión con dos videocámaras. Con la ayuda de cientos de metros de cable, las cámaras se trasladaron hasta la alcaldía, las escuelas y otras locaciones cercanas desde donde se transmitían los hechos en vivo. Un empresario de la comunicación convenció al grupo de que sacara un préstamo para comprar una antena satélite que les permitiera bajar programas de televisión comercial.

Hoy en día, el Colectivo funciona en lo que era la antigua casa de la familia de Beatriz, en la plaza central. En el patio de atrás, reposa una enorme antena que permite bajar programación satelital [4]. El Colectivo ha cableado la ciudad y los suscriptores pagan una cuota mensual que les da derecho a ver la programación comercial que se baja con la antena, además, más 20 horas semanales de programas producidos localmente por el colectivo [5].

Diez años después, el Colectivo ha pasado de ser una iniciativa de publicación de un periódico cultural que nunca despegó, a ser una ONG para la comunicación. Actualmente el Colectivo tiene varias líneas de trabajo: capacitación en producción radial que se ofrece a los niños a través de 18 colectivos escolares de producción radial de la localidad; capacitación en producción radial y televisiva para adolescentes y adultos jóvenes en El Carmen y en diferentes comunidades aledañas; capacitación en radio y televisión para grupos de mujeres desplazadas en las comunidades locales; un proyecto itinerante de cine callejero, y un canal de televisión por cable. En teoría, el Colectivo define sus objetivos de la siguiente manera:

“Primero, posicionar a los niños y las niñas como protagonistas activos de los proyectos de desarrollo comunitario; segundo, fortalecer el papel de la mujer en el desarrollo comunitario; tercero, recuperar las identidades locales y culturales en forma de tradiciones orales, mitos, leyendas y despertar una conciencia del entorno local; y cuarto, desarrollar y legitimar medios alternativos, como la prensa, la radio, los altoparlantes o la televisión” [6].

El Colectivo ha definido dos líneas de trabajo: el desarrollo de una pedagogía para la convivencia pacífica y el fortalecimiento de una cultura ciudadana [7]. Desde 1994, un sin número de niños y niñas, adolescentes, padres de familia y profesores, han participado en los proyectos del Colectivo. Además, se ha capacitado a facilitadores, quienes aún trabajan para el Colectivo, se han ido a trabajar a otros medios, o han creado sus propios colectivos en diferentes ciudades y pueblos en todo el país.

El Colectivo funciona en una casa grande que fue construida en la década de 1920 al estilo caribeño tradicional, con techos altos, pisos de mosaico, gruesas paredes blancas de adobe y arcos moriscos. La casa está repleta de equipos para la comunicación: equipos para producción de televisión por un lado, y de radio por el otro; un proyector de video y una amplia colección de programas, películas y documentales producidos localmente y otros de distribución comercial. Sin embargo, la característica más impactante es el agite que se vive en el edificio; a toda hora del día y de la noche, grupos de niños y niñas, adolescentes y mujeres entran y salen con video cámaras, grabadoras, cables, monitores, luces y micrófonos. Sólo una pequeña parte de la capacitación y la producción se hacen allí. La gente entra a recoger los equipos que hay que llevar a los talleres y jornadas de producción en barrios y escuelas locales apartadas, en pueblos cercanos y en comunidades de desplazados.

Las fundadoras: De cómo las historias personales se convierten en una historia colectiva [8]

Esta historia, como todas las que se dejan contar, nace en la cabeza visible de una o varias personas. En este caso, son las historias, que inicialmente se conjugan, de dos profesionales

carmelas [9], amigas desde la infancia, pero muy diferentes en cuanto a sus opciones de vida. Cuando se proponen este trabajo conjunto, ellas van involucrando poco a poco las vidas de muchas otras personas: primero, las de su pequeño mundo, hasta convertirla en la historia que hoy contamos, como una que nos pertenece a todos en el país.

Desde el periodismo y la radio: Sora

Primero aparece Soraya Bayuelo, joven de una gran familia raizal del municipio, nacida, criada y educada en él. Sora tiene tres cualidades claves: inteligencia, talento y dinamismo. Con grandes esfuerzos terminó sus estudios secundarios de bachillerato en el colegio del pueblo y se dedicó a trabajar “en lo que cayera”. Fue secretaria del colegio, del banco, del sindicato de loteros, vendedora de libros, electrodomésticos y quesos a domicilio. Pero a ella nada de esto la satisfacía, a pesar de que eran buenas formas de obtener ingresos. Sus intereses estaban más por el lado del trabajo cultural y soñaba con “hacer algo” en ese sentido.

En las noches y fines de semana, se reunía informalmente con otras personas a conversar sobre libros, películas, obras de teatro, música, festivales, en una banca rota del parque principal del pueblo. Era el grupo “bohémio” interesado en la cultura y también en hacer análisis sobre el país. Se llamaron en ese tiempo el Taller Cultural El Carmen, que reflexionaba sobre la cultura, entre otras actividades. Montaron obras de teatro y tertulias literarias, que luego llevaron a otros municipios. Este fue el origen de la hoy Casa de la Cultura del municipio.

Siempre insatisfecha, Soraya soñó con convertirse en periodista. Con unos recursos mínimos que reunió entre su familia y sus amigos y un trabajo agotador de fines de semana, logró estudiar y terminar su carrera de comunicación social en la Universidad Autónoma del Caribe, en Barranquilla. Al tiempo que estudiaba, producía un programa de radio en la única emisora de su pueblo, Radio Mancomoján, que financiaba con cuñas propias, lo que le alcanzaba para pagarse la universidad. La estrategia de mercadeo para lograr esas cuñas se fundamentaba en hacer sentir a quienes anunciaban que estaban apoyando la cultura y la historia del pueblo. Así, lograba apoyo económico e interesar a la gente en la cultura.

Este programa se emitía de 1:00 p.m. a 2:00 p.m. los sábados y ella viajaba desde Barranquilla (a cuatro horas de distancia) para hacerlo. Era un programa cultural en vivo y en directo, con libretos, el cual tenía muy buenos oyentes y muchos participantes.

Se llamaba “Paréntesis cultural” y la frase que lo promocionaba al aire era: “La cultura es el universo simbólico que vivimos”. Tenía concursos de cuentos y de décimas [10], entrevistas de profundidad, música latinoamericana. Fue producido y emitido bajo su dirección entre 1983 y 1988. Esta actividad, por supuesto, también alimentó la Casa de la Cultura. Una vez graduada, quiso trabajar como profesional y se vinculó como periodista a la radio comercial en Cartagena. Pero muy pronto se aburría porque los periodistas debían además de hacer las noticias, vender la publicidad para hacerse a un sueldo (esta práctica sigue siendo muy común en Colombia) y esto le pareció que iba contra sus principios y su manera de entender el manejo de la información periodística.

Regresó a El Carmen en 1991, desilusionada del periodismo y fue entonces cuando decidió “hacer mercadeo de quesos” a domicilio, en bicicleta. La gente se burlaba de ella por eso, le decían “la periodista vendiendo queso” y le preguntaban si para eso había estudiado cinco años de periodismo, y si no hubiera sido mejor que se hubiera quedado haciendo solo el programa de radio “Paréntesis cultural”. Su antigua maestra, Amada Cogollos, siempre que la veía se lo recordaba. Pero ella seguía firme en su trabajo, del cual además, podía vivir bien. Pero un día, con la ganancia de los quesos, se fue al Festival de Cine de Cartagena (porque es una enamorada del cine) y se encontró allí, en una vitrina con el libro de Sara Bozzi [11] “Los maestros del periodismo”, de cuya lectura le quedó sonando una frase: “Hacer comunicación necesita tener goce” y solo este pequeño episodio, le hizo dar un vuelco en el corazón y decidir recuperar su amada profesión.

Así que regresó a su pueblo a buscar la manera de ser una periodista: “Nunca le he hecho campaña política a ningún político porque creo que el periodista tiene que guardar su distancia. Además de todos modos te van a atacar si te pones en un lado o en el otro”, eso pensaba. Pero cuando el alcalde electo del momento Víctor Romero Redondo, el que ella consideraba una buena persona y además era conocido, se posesionó y le rogó en todos los tonos a “la única periodista

graduada del pueblo” que le organizara una oficina de prensa, ella no pudo negarse y aceptó poniéndole toda clase de condiciones, las que él aceptó.

Así, creó y estableció la primera oficina de prensa de El Carmen de Bolívar, e inició su programa de “información pública”, logrando de ladito que la Alcaldía apoyara la Casa de la Cultura. Fue la época en que desde esa posición trajo la señal de Telecaribe a El Carmen [12], se hizo radio y televisión, se produjeron documentales sobre el pueblo: “Contacto una en punto” y “El Carmen en marcha”, que se transmitieron por un canal.

Un día dejó de estar de acuerdo con el Alcalde y su equipo y renunció a su cargo. Ese mismo día se fue donde su amiga y compañera de tertulias culturales, Beatriz Ochoa y le dijo “Lo que tenemos que hacer es un medio propio y ese será un periódico. Tu pones tu mesa de dibujo, yo pongo lo demás”, hicieron una lluvia de ideas, buscando un nombre y decidieron que sería un periódico regional proyectado al siglo XXI, de esta manera formaron una microempresa que se llamó “Periodistas Populares Línea 21”. La primera máquina de escribir vieja, grande y mecánica, se las regaló el párroco del pueblo. En ella se escribirían los primeros artículos. Soñaron entonces cómo iría a funcionar, qué tipo de publicación sería. Sólo que hasta la fecha nunca ha salido ni el primer número.

Beatriz Ochoa, otra carmela de la misma generación, venía de estudiar filosofía en Bogotá, compartía muchas de las pasiones de Soraya por lo cultural: el buen cine, la música, y sobre todo, la visión de que la creatividad enfocada en la producción cultural tienen el potencial de abrir muchas opciones de vida. En este momento Soraya era la presidenta de la Casa de la Cultura, que tenía mucha actividad. En un viaje a Cartagena se encontró con Alfredo Atencio Babilonia, periodista conocido que entonces trabajaba en el SENA como instructor [13]. Así que lo invitó a su “microempresa de periodismo” a que dictara un curso. De esta manera el 1 de septiembre de 1994 a las 3 p.m. en la Casa de la Cultura de El Carmen de Bolívar con 26 personas, nació el Colectivo de Comunicación de Montes de María Línea 21. Llegaron ese día maestros y jóvenes, los integrantes del Taller Cultural y se dictó el primer taller con las cartillitas del SENA.

El curso funcionaba todos los jueves por la tarde y Soraya era la monitora. El curso se anunció por la radio y la prensa local, para que quien

quisiera inscribirse, lo hiciera. Uno de los primeros inscritos fue Wilgen Peñaloza, hoy día uno de los protagonistas clave del Colectivo.

Desde la filosofía y la música: Beatri

Beatri como es llamada cariñosamente, es también raizal carmela. Mujer de temperamento sereno, poseedora de una impresionante versatilidad en sus capacidades, gustos y talentos. Puede interesarse con la misma intensidad y emoción en una obra arquitectónica, artística, en una canción o poesía, una cámara de vídeo o en un microscopio explorando el mundo bacteriológico. Al igual que Soraya, terminó bachillerato en el colegio Nuestra Señora del Carmen, donde entonces eran solamente cuatro años de bachillerato comercial. Pero quiso seguir adelante en sus estudios y por ello se fue al Colegio Bifi de Cartagena, uno de los más prestigiosos y costosos de la época en la ciudad.

Una vez bachiller, se fue a Bogotá a la Universidad de Los Andes por la simple razón de que vio en el diario una publicidad de la carrera de bacteriología y pensó que sería una buena opción para uno de sus grandes intereses: la naturaleza. Sin embargo, tuvo problemas con las profesoras en los primeros semestres por la rigidez que entonces se exigía en el trabajo académico y por ello se retiró, ensayando otras alternativas. Después de pasar por nuevas experiencias, terminó su carrera en Filosofía y Letras en la misma universidad. Es una apasionada de la literatura, una gran lectora y escritora, su versátil personalidad y múltiples talentos la llevan desde las artes plásticas, hasta la culinaria.

Conoció e inició una amistad de toda la vida con Soraya desde que estaban en el colegio. Inicialmente se acercaron por el deporte. Beatri era del equipo de básquetbol y Soraya, porrista. Por intermedio de unas amigas comunes, se reunían para hablar sobre los mismos libros que leían y compartían. Desde entonces se hicieron entrañables amigas, compañeras y socias para la vida. Compartieron las veladas culturales de la banca rota en el parque. Beatri era la música del grupo, cantaba y tocaba la guitarra. Allí escribían cuentos y poesías que luego leían en las tertulias.

En esa época organizaron tres festivales de teatro del Caribe colombiano, trajeron grupos de otros municipios y de Barranquilla, como por ejemplo “Arroz con Mango”. Los montajes de teatro de El Carmen los organizaban en esas reuniones

del parque. Las obras escogidas eran de autores colombianos como Jairo Aníbal Niño (*El Monte Calvo*), y latinoamericanos como Juan Rulfo (*Diles que no me maten*), pero también montaban obras propias.

Beatri, recuerda esa época de las reuniones del parque como un periodo de una inmensa creatividad y desarrollo de “proyectos locos” que lograban realizar con muy escasos recursos, pero muchísima creatividad, dinamismo y persistencia. Por ejemplo, se inventaron por primera vez unas “vacaciones recreativas” para los niños del pueblo, que tendrían que hacerse inicialmente en la calle porque la Casa de la Cultura estaba en ruinas.

Pero este proyecto tuvo tan buena recepción, que el Club de Leones prestó su sede y el municipio contrató a Beatriz para hacer los talleres; con ese dinero, Beatri trajo a un tallerista que les enseñó a hacer títeres. Todos aprendieron, niños y patrocinadores adultos. Hubo tanto entusiasmo y trabajo alrededor de esta actividad, que para hacer el cierre invitaron y trajeron desde Barranquilla a uno de los mas importantes grupos de títeres del país: “La Carreta”. En palabras de Beatriz Ochoa:

“Todas nuestras locuras han sido de este tamaño. Tenemos una idea loca - loca, pero la llevamos a cabo, finalmente pega, muchos se nos unen y terminamos haciendo algo que es útil y bueno para todos. De estas primeras vacaciones recreativas se creó una tradición que aún persiste y es que todos los años, la Casa de la Cultura de El Carmen organiza unas vacaciones recreativas para todos los niños, a las cuales se traen personas de muchas partes a que enseñen y realicen trabajos interesantes”.

A través de estas vacaciones, descubrieron que trabajando con los niños era la única manera de atraer a los adultos, porque a estos si les entusiasma ir a verlos en las funciones que montaban. Beatri ha sido la creativa del equipo (la que concreta y logra los imposibles), sus talentos abarcan, por ejemplo: construir los materiales para las producciones, hacer los textos, el diseño y la diagramación de todas las publicaciones que se generan. Le fascina el trabajo de cámara, que aprendió en unos cursos especializados en Cartagena ofrecidos por CEDAL. Hace todo lo necesario en una producción, desde la organización hasta la elaboración de los créditos con cartulinas y marcadores montados en los torna mesas (para dar sensación de movimiento). Hoy juega un papel

clave en el equipo, revisa los guiones y trabajos de los demás, hace la musicalización y está centrada en la edición de los programas de radio y mucha de la labor administrativa del Colectivo.

Comparte con Soraya su gran interés por la cultura. Se considera una “gomosa” de toda actividad cultural. Hacen un buen equipo de trabajo, y hay mucha complementariedad. Soraya tiene chispa, Beatri tiene paciencia, y entre las dos concretan las iniciativas: Soraya en primer plano, con el micrófono en la mano, Beatri, detrás de bambalinas. Y aunque ambas son muy buenas presentadoras y locutoras, Beatri solamente lo hace para apoyar o suplir a Soraya. Y aunque el Colectivo de Comunicación de los Montes de María Línea 21 nace formalmente mucho más tarde, realmente éste comenzó a existir como una organización con filosofía, programa y actividades a partir de 1990 cuando se inició este trabajo; después llegaron los cursos de cámara y televisión de CEDAL en Cartagena, primero y luego dictados por el SENA en El Carmen.

El Colectivo es un ejemplo de cómo debe ser el orden de las cosas en la comunicación ciudadana: primero el proyecto comunicativo, el saber para qué sirve hacer comunicación; después, la tecnología y los procesos de producción.

LA COMUNICACIÓN COMO PRETEXTO

Conscientes de que el fin último del Colectivo no es la producción mediática sino la transformación de los imaginarios colectivos, Soraya y Beatriz insisten en que para el Colectivo, la comunicación es sólo un pretexto. Encontraron por casualidad una manera de lograr esta meta involucrando a niños, jóvenes y mujeres en la producción de radio y televisión, pero tienen muy claro que su objetivo es reparar el daño causado por la violencia al tejido social local -la violencia social y también la causada en la región por el conflicto armado. En sus propias palabras, el Colectivo funciona como:

“una escuela sin muros, donde se motiva a los niños, adolescentes y mujeres de la región a re-inventarse, a convertirse en seres humanos diferentes”.

Erosionando el miedo colectivo

La brisa fresca de la noche es un alivio para los treinta y pico de grados que hemos soportado

durante todo el día. Un grupo de unos cuatro muchachos empieza a entrar y salir de diferentes salones del Colectivo. Sacan varios equipos. Soraya les pregunta qué están haciendo y ellos le responden que han decidido pasar una película por la noche. Todo está listo para las siete de la noche. Los muchachos han colocado una mesa larga en un costado de la calle, justo al frente del edificio del Colectivo. Sobre la mesa hay un VHS conectado a una consola de sonido y un proyector.

Esa noche, cientos de personas se congregan en la plaza principal para ver gratis la proyección de la película *Espíritu* sobre la pared blanca de adobe del Colectivo.

Uno de los integrantes del Colectivo, me explicaba que las noches solían ser muy animadas en El Carmen de Bolívar; los vecinos sacaban sus mecedoras a los porches; los niños y adolescentes se congregaban en la plaza central alrededor de los vendedores ambulantes, que ofrecían perros calientes, empanadas, arepas y gaseosa; la gente iba a la casa de sus amigos a disfrutar de la brisa durante un par de horas antes de que llegara la noche.

Relata también, que desde 1995, las cosas cambiaron dramáticamente. Después del atardecer, alrededor de las seis de la tarde, la gente se encerraba en sus casas. Las frecuentes incursiones de la guerrilla al centro del pueblo atemorizaron a la gente. Después, cuando los paramilitares hicieron presencia fuerte en el pueblo, cualquier persona podía ser fácilmente tildada de amigo de los paras o de la guerrilla si era vista hablando con la persona equivocada.

Vecinos y amigos eran sospechosos de tener conexiones con los grupos armados; lo único seguro era evitarse los unos a los otros. Hasta el terminal de buses -una franja de restaurantes, vendedores ambulantes, gente que iba y venía en buses y taxis, un sitio lleno de actividad, comercio, algarabía y movimiento- se convirtió en un cruce de calles, desierto y oscuro en medio de la nada [14]. Poco a poco, El Carmen se volvió un pueblo de individuos aislados viviendo uno al lado del otro.

Al ver el deterioro del tejido social de su pueblo, los miembros del Colectivo decidieron hacer algo al respecto. Para octubre de 2000, habían diseñado el proyecto de cine callejero: La Rosa Púrpura del Cairo, por el cual se proyectan películas sobre una de las paredes de la plaza principal, utilizando un VCR y un proyector.



Viendo Espíritu en la plaza central- El Carmen de Bolívar

La idea era que la gente regresara a la plaza principal a repoblar este espacio público abandonado, retando así el miedo colectivo. Wilgen Peñaloza, recuerda la noche de apertura de La Rosa Púrpura del Cairo:

“Se suponía que íbamos a comenzar la noche del primer sábado de octubre, pero esa mañana hubo cinco explosiones en diferentes lugares del pueblo. No sabíamos qué hacer. ¿Debíamos seguir adelante con la idea de pasar una película esa noche? ¿Vendría alguien? Nos reunimos en una especie de comité editorial de última hora para decidir qué hacer. La decisión final fue seguir con el plan. Todos teníamos mucho miedo. Estábamos convencidos de que nadie iba a venir; nos veíamos sentados, los cinco en la plaza, viendo la película. A pesar de todo, decidimos continuar porque queríamos recuperar ese espacio público; no queríamos seguir escondiéndonos, rendidos ante el miedo y el sentimiento de impotencia.

La película de esa noche era “Estación central”. La gente empezó a salir. ¡Habíamos tomado la decisión correcta! Esa noche vinieron aproximadamente 300

personas a lo que recordamos como una función de gala a la luz de la luna, con estrellas en el cielo que parecían decirnos ¡estamos con ustedes! Recuerdo los rostros sonrientes de los niños, familias enteras reunidas viendo la película, mamás con sus bebés, muchachos en sus bicicletas, hombres en sus motocicletas, parejas de enamorados compartiendo una banca rota en la plaza; era como una fusión humana de sonrisas compartidas como tratando de decir ‘todavía estamos aquí’.

Esa noche fue decisiva para muchos de nosotros. Nunca me hubiera imaginado que en medio del terror de la guerra, se puede encontrar alternativas para tendernos la mano. Esa noche supe que tenemos las competencias necesarias para construir la paz, que no somos totalmente impotentes frente a la guerra, que podemos transformar los espacios públicos de lugares de miedo y aislamiento a escenarios donde compartir experiencias de vida” [15].

Recientemente, a medida que el proyecto de cine se expande por fuera de El Carmen llevando películas a las calles y plazas de los pueblos cercanos, se le ha dado el nuevo nombre de “Proyecto de cine callejero itinerante La Rosa Púrpura del Cairo”.

Hace unos años, el Colectivo había implementado un uso similar de la comunicación y los medios para erosionar el miedo colectivo a través de la re-apropiación de los espacios públicos. En esa época, se puso papel y pintura a disposición de los niños en la plaza central para hacer arte. Las cámaras de televisión acompañaban a los niños captando las imágenes de la plaza llena de chiquillos pintando y mostrando sus trabajos artísticos a toda la comunidad en un programa llamado ‘El lunes pinta bien’.



Originalmente, cada niño comentaba su dibujo frente a la cámara y luego seguía una discusión de grupo. Sin embargo, cuando el pueblo empezó a ser invadido más y más por diferentes grupos armados legales e ilegales, estas discusiones de grupo se podían interpretar fácilmente como comentarios políticos, o como tomar partido por

este grupo insurgente o aquel. Por consiguiente, las discusiones se acabaron y las imágenes de televisión de los dibujos de los niños iban acompañadas de música únicamente.

Sentido de pertenencia

Quizás el logro más impresionante del Colectivo en términos de comunicación comunitaria, es el sentido de pertenencia que comparten quienes participan en el proyecto. Tan pronto como los niños atraviesan la puerta, se quitan los zapatos y las medias, su comportamiento se relaja y se ponen a trabajar.

Durante un taller de evaluación, le pedimos a un grupo de 50 niños (entro los 6 y los 10 años) que recordaran su primer día en el Colectivo y lo que sintieron, y que lo expresaran visualmente. Muchos de ellos dibujaron el edificio donde funciona el Colectivo como un hogar. El sentido de pertenencia es tan fuerte entre los miembros que los más antiguos -adultos jóvenes que han participado en las actividades del Colectivo durante casi 10 años ya- sienten que no pueden separar su identidad del Colectivo. Wilgen, quien tenía 16 años cuando se unió al Colectivo a mediados de la década de 1990, dice:

“Hablarles del Colectivo es hablarles de mi vida personal...yo soy el trabajo que hacemos con la comunicación y los medios en el Colectivo”.

Al interior del Colectivo, las puertas no tienen seguro; los equipos de radio y televisión no están asegurados. Estas son decisiones arriesgadas, si tenemos en cuenta que los recursos del Colectivo son mínimos y que reemplazar un solo equipo se puede comer una porción inmensa del presupuesto disponible para un mes. Soraya le dice a esto “darle la llave al ladrón”; en otras palabras, el Colectivo funciona bajo el principio de confiar en alguien en quien, según los demás, no se debería confiar.

Dejar las puertas abiertas cuando en el edificio hay 60 muchachos “medio locos”; dejar que un grupo de adolescentes sin entrenamiento use el costoso y delicado equipo de video; dejar el control de un proyecto entero a una muchacha de 15 años que fácilmente podría hacerle perder a la institución cantidades importantes de dinero recibido en financiación; promover a un muchacho de 14 años para que coordine todo un taller de producción de radio en una escuela local; estos son los ladrillos con los cuales los niños, niñas, muchachos y muchachas construyen un fuerte sentido de pertenencia y confianza en sí mismos.

Beatriz, Soraya y Modesta -como fundadoras del proyecto- han forjado el principio de que todas las relaciones al interior del Colectivo se construyen a partir de la confianza. La confianza lo permea todo y con frecuencia es mencionada en las entrevistas como la principal razón que tuvieron los primeros en llegar para darse cuenta de que nunca más se irían:

“El Carnaval estaba en todo su apogeo y se suponía que debíamos hacer un programa al respecto; era mi primer día y yo estaba con Soraya en la calle. Teníamos dos cámaras de video. Ella me dijo que tomara una; si nos íbamos en dos direcciones distintas -decía-, cada uno con una cámara, podíamos cubrir muchas más actividades. Le dije que yo nunca había usado una videocámara; entonces me dio una lección de 10 minutos sobre cómo manejarla y luego me dejó solo. Confiaba en mí” [16].

Aunque sucedió hace años, este participante aún recuerda ese momento como uno clave que lo llevó a darse cuenta de que seguiría viniendo al Colectivo. Estos niveles de confianza, que son raros incluso en condiciones “normales”, son aún más excepcionales en comunidades donde la violencia social y política y el miedo generalizado han debilitado las relaciones sociales basadas en la confianza. Los miembros más jóvenes, que tenían 8 ó 9 años cuando empezaron a participar en los proyectos del Colectivo hace 10 años, son ahora los coordinadores de sus propios proyectos de producción; allí ellos mantienen el legado de construir relaciones igualmente fundamentadas en la confianza con las personas nuevas con quienes trabajan.

Construir país desde lo pequeño: Un espacio de comunicación para un imaginario colectivo alternativo

Para muchas mujeres, niños y jóvenes de Montes de María, el Colectivo ha abierto un espacio social y cultural en el que formas alternativas de relacionarse con los demás pueden ser “normales”. Uno de los logros más significativos del Colectivo es su capacidad para crear un *ethos* (conjunto de valores) diferente. Trabajando en una región donde la forma del tejido social ha estado fuertemente influenciada por la ausencia de un Estado precario, los sistemas clientelistas y el conflicto armado, el Colectivo cultiva un conjunto de valores que aplican a todas y cada una de

las personas que quieran ser sus miembros. Tan pronto como se atraviesa la puerta del Colectivo, se ingresa a un imaginario colectivo diferente; las cosas se hacen de una manera distinta; la gente recibe un tratamiento distinto; el sentido común del Colectivo no es el mismo de afuera. Wilgen Peñaloza describe el Colectivo de esta manera:

“Es un espacio diferente que te ayuda a despertar; pronto te das cuenta de que aquí hay una manera distinta de mirar, de hacer, de sentir. El Colectivo es como una familia alterna; te ofrece cosas que muchas veces ni siquiera tienes en tu propio hogar (...). En medio de todas estas situaciones tan difíciles [de violencia], el Colectivo es como un faro que te permite ser como eres, que te reconoce por lo que eres y donde puedes reconocer a los demás por lo que son... eso es lo que hacemos aquí, estamos construyendo país desde lo pequeño”.

De la margen al centro

En un ambiente de conflicto armado como el de Montes de María, la gente se vuelve invisible, pues su humanidad se reduce a su posición frente a la guerra. La gente pierde su nombre y su individualidad para convertirse en “un amigo de la guerrilla”, “un partidario de los paramilitares”, “un amigo del ejército”, “una víctima de la violencia” o “un desplazado” (Ramírez 2001).

Las personas que participan en las actividades del Colectivo no son rotuladas como “participantes”, y ni siquiera como “miembros de la comunidad”. Cada persona se percibe como única, con un nombre y una historia individual, con su propio potencial de aportes al grupo y sus propias barreras por vencer. En una entrevista con Modesta (uno de los miembros fundadores), por ejemplo, al preguntarle dónde evidenciaba ella los logros del Colectivo, me contó la historia de una mujer que participaba en un grupo productor de un programa semanal de televisión sobre cocina local. En uno de los programas, cuenta Modesta, tuvieron que grabar el segmento introductorio varias veces porque la mujer en cuestión no podía decir correctamente una frase clave. En vez de decir “y hoy *haremos* dulce de papaya”, decía “y hoy *aldremos* dulce de papaya”.

Después de varias tomas y mucho apoyo de sus compañeras de equipo y de las coordinadoras del programa, la mujer finalmente pudo decir “y hoy

haremos dulce de papaya”. La escena se graba, la mujer está radiante de orgullo y todo el equipo de producción le da un fuerte aplauso.

Para Modesta, este es un buen ejemplo de cómo el Colectivo lleva a cabo su misión. El sentido de empoderamiento de esta mujer, su sensación de logro, son en sí mismos un logro para el Colectivo; esta es su razón de ser. Para Modesta, como para las demás fundadoras del Colectivo, el empoderamiento de cada persona sucede de manera distinta, justamente porque cada persona es vista como un individuo con su propia idiosincrasia. Cada participante es una persona única y, por lo tanto, la función del Colectivo es prestarle mucha atención a cada individuo, escuchar su historia y estar en capacidad de responder a sus necesidades individuales.

También adquiere importancia la capacidad de percibir cómo va cambiando cada persona, a su manera, a sus propios ritmos individuales. En su estudio etnográfico de uno de los proyectos de producción con niños, Joyce Sarmiento afirma que “no hay un método pre-establecido para definir cómo llevar a cabo los talleres de producción con niños”. No hay fórmulas para detectar qué quieren los niños, qué les interesa en un momento dado, en qué quieren trabajar. Toda la relación entre los niños y el Colectivo se basa en la interacción: todas esas acciones, comportamientos, gestos, miradas, expresiones faciales, son la fuerza que impulsa los talleres.

La interacción es la base sobre la cual se toman las decisiones para abordar lo que los niños quieren y les interesa; para jalonar al grupo en una u otra dirección. La interacción es el principal medio de comunicación entre los niños y las niñas y los/las coordinadores/as. En palabras de una de las coordinadoras, “no hay mejor canal de comunicación que lo que los niños expresan sábado a sábado con una palabra, una acción o una mirada” [17].

El Colectivo no entiende los procesos de cambio social como fórmulas sino como producto de cadenas de interacciones entre la persona que está cambiando –con sus propias características, historia, traumas y talentos- y los otros participantes del Colectivo. El cambio social se da cuando cada participante del Colectivo puede explorar nuevas maneras de ser, facilitado por el nuevo *ethos* que funciona como un entorno alternativo, entorno que se pone a disposición de la persona para que lo habite una vez que cruza las puertas del Colectivo.

Cuando las personas se vuelven parte del Colectivo, son vistas como seres multidimensionales, complejos y únicos. En una evaluación de un taller de producción radial, por ejemplo, al preguntarle a un participante que asistía por primera vez- un muchacho muy joven- qué era lo que más le gustaba de participar en un proyecto del Colectivo, respondió que lo que más le agradaba era que lo llamaran por su nombre; dijo que era la primera vez que lo llamaban por su nombre. El Colectivo abre un espacio social y cultural donde las personas pueden ser vistas como un universo único.

Como espacio comunicativo, el Colectivo activa una serie de interacciones que reconocen a cada sujeto con su identidad, más allá de cualquier rótulo o categoría establecida a priori; según Taylor, este acto de reconocimiento (o su ausencia) tiene una fuerza política, ya que es fuente de empoderamiento tanto para individuos como para colectividades (Taylor 1995).

Por supuesto, cada proceso individual de cambio se siente de una manera diferente y, por lo tanto, la tarea de evaluar el Colectivo y de mirar si cumple y hasta qué punto cumple con sus objetivos de cambio social, es un reto inmenso.

El imaginario sobre el Colectivo, pone en cuestión una cultura de la violencia que reduce a los seres humanos a categorías relacionadas con la guerra y le devuelve a la gente su complejidad y singularidad. El Colectivo no envía mensajes sobre una cultura de paz, sino que más bien demuestra cómo es y cómo se siente habitar una cultura de paz y convivencia. En resumen, más que transmitir mensajes de paz y reconciliación, el Colectivo abre un espacio de comunicación en el que la paz se puede hacer, sentir, aprender y apreciar.

Acceso equitativo al poder

Las sociedades violentas cultivan procesos de acceso desigual al poder. Como lo han documentado ampliamente los académicos dedicados a investigar la violencia en Colombia, el tejido social de las sociedades inmersas en conflictos normaliza las relaciones jerárquicas; las comunidades pierden la capacidad de establecer relaciones basadas en la igualdad de acceso al poder (Pécaut 2001; González, Bolívar et al. 2003).

La combinación de relaciones clientelistas, un Estado que en su ausencia no puede garantizar los derechos civiles, el uso generalizado del soborno como única forma eficiente para que se

hagan las cosas, la presencia de grupos armados y su capacidad para controlar territorios y recursos por la vía violenta; todo termina normalizando una cultura en la que tener el mayor poder posible (mediante dinero, contactos políticos o armas) constituye el sentido común.

En consecuencia, cuando se interactúa con el otro, el impulso inmediato es demostrar el acceso que se tiene al poder, hacerle saber al otro el potencial que se tiene para dominarlo si es necesario. Así, las relaciones jerárquicas se convierten no sólo en norma, sino que son deseables como único medio efectivo de sobrevivir y mantener la dignidad.

El tejido social en el que funciona el Colectivo es el siguiente: cada mes, cientos de niños, niñas, jóvenes y mujeres -evidentemente los grupos más vulnerables y desamparados de la región y de la guerra- entran al Colectivo para experimentar una posibilidad diferente. Desde el momento en que una persona ingresa al Colectivo, se convierte en un ciudadano con los mismos derechos y acceso al poder que tienen las directoras y los coordinadores. Soraya describe el Colectivo en los siguientes términos:

“El Colectivo es como una colmena, con adultos y niños entrando y saliendo, todos trabajando juntos... somos como una colmena, excepto por el hecho de que no tenemos reina; aquí todos somos reinas y reyes” [18].



“...aquí todos somos reinas y reyes”

Disciplina: autodisciplina y reglas concertadas

El Colectivo nunca aplica una disciplina autoritaria. Las reglas siempre son concertadas y negociadas colectivamente. Además, nunca se agobia a los muchachos y muchachas con reglas que no tengan una razón de fondo. Los adultos del Colectivo siempre están enfatizando que la única razón detrás de las reglas es el bienestar colectivo; los muchachos nunca pasan por la experiencia de

tener que acatar reglas impuestas simplemente por el poder o el privilegio de los adultos.

Por ejemplo, en la sede del Colectivo se invita a “la peladera” (los chicos y las chicas, en términos de Soraya) a que se sientan cómodos mientras trabajan; la mayoría toman el ofrecimiento en serio y se quitan zapatos y medias tan pronto entran. Aunque este comportamiento en un lugar público rompe las normas más básicas del decoro impuestas a los niños por la cultura colombiana, es legítimo dentro del Colectivo porque no afecta el bienestar común.

No somos más que facilitadores de los sueños de la gente [19]

Según Gumucio-Dagrón (2003) los medios comunitarios se vuelven sostenibles solo cuando las comunidades locales se apropian del proyecto de comunicación que subyace a las tecnologías de información y comunicación (TICs). Es decir, sólo cuando las TICs están arraigadas profundamente en las necesidades y sueños locales, en las culturas y lenguajes locales, adquieren relevancia para los ciudadanos locales.

El Colectivo funciona como una institución bastante flexible. Las líderes, Beatriz, Soraya y Modesta, no tienen ideas preconcebidas acerca de cómo usar estas TICs en cada comunidad. Son conscientes de que cada comunidad es diferente y su único supuesto es que ellas no saben cuál es el mejor uso de las TICs en cada caso, que sólo la comunidad lo sabe. Su trabajo es ayudar a la comunidad a articular ese conocimiento. Por consiguiente, su manera de operar consiste en aproximarse a ser abordadas por una comunidad o un colectivo -un grupo de mujeres desplazadas, una escuela local o un grupo de jóvenes-, y luego sumergirse en esa comunidad; es en esa inmersión donde surge la idea de un nuevo proyecto.

Por ejemplo, el Colectivo comenzó a trabajar con la escuela Benkos Biohó en San Basilio de Palenque, una comunidad con características culturales muy particulares. Palenque nació a comienzos del siglo XVII como una comunidad conformada por esclavos escapados de la vecina ciudad colonial de Cartagena. Durante décadas, Palenque se esforzó por mantenerse aislado del resto de la región y del país; mantener un bajo perfil era la mejor garantía para conservar la libertad. Como resultado, Palenque ha mantenido una identidad cultural africana muy fuerte; la

música, el arte, las relaciones familiares e incluso la lengua africana han sobrevivido a más de tres siglos de colonización y occidentalización [20]. Sin embargo, la cultura africana se está extinguiendo entre los jóvenes palenqueros.

Preocupados por la erosión de la cultura y la pérdida de la lengua palenquera tradicional, los líderes comunitarios desarrollaron una serie de currículos sobre culturas y lenguas tradicionales en la escuela local. Cuando el Colectivo conoció el currículo cultural de Palenque, se propuso fortalecer esta iniciativa con un proyecto mediático. El resultado es una serie radial llamada *Chaqueros de Paz*, producida por los niños y niñas de la escuela. Esta serie está estrechamente articulada con el currículo de cultura palenquera, y les da a los niños la oportunidad de practicar su bantú (lengua tradicional africana que se habla en Palenque) al entrevistar a sus abuelos e investigar antiguos mitos, cuentos e historias personales [21].

Comparemos esto con el trabajo realizado por el Colectivo con un grupo de mujeres desplazadas en El Carmen [22]. Allí, a medida que las mujeres comenzaron a producir sus propios programas radiales, empezaron a tomar conciencia de que su analfabetismo -que nunca había sido un problema mientras fueron cultivadoras antes del desplazamiento forzoso- ahora se estaba convirtiendo en una desventaja. Sólo las mujeres que sabían leer y escribir podían facilitarse el camino en la producción radial utilizando un libreto. Además, en su nuevo entorno urbano, las mujeres empezaron a darse cuenta de que muchas de las oportunidades de trabajo o de los programas gubernamentales para los desplazados requieren saber leer y escribir.

Las mujeres manifestaron su necesidad de mejorar sus niveles de alfabetización. En consecuencia, el Colectivo ahora incluye esta formación en lecto-escritura en los talleres de producción radial para ellas. Un año después, el primer grupo de mujeres desplazadas ya está leyendo.

PROGRAMACIÓN

“Si todo esto es cierto -este nuevo ethos, esta forma alternativa de ser-, entonces deberíamos poder ver todos estos diferentes valores reflejados en lo que los participantes del Colectivo producen para radio y televisión, ¿cierto? ¿Podemos ver estos valores expresados en la forma como

los niños están utilizando estas tecnologías? ¿En los temas que deciden tratar? ¿En las narrativas y los géneros? ¿En el tipo de imágenes que deciden incluir?” Soraya [23].

Esto es importante, dice Soraya, porque, en últimas, estos productos culturales pueden generar cambios en el imaginario cultural de la comunidad de Montes de María, más allá de los participantes del Colectivo.

Entre 1997 y 2004, el Colectivo ha producido casi 2.000 horas de programación para radio y televisión. Actualmente, los participantes del Colectivo producen 24 horas semanales de televisión que se transmiten por uno de los canales reservados para programación local durante los fines de semana y en repetición entre semana. Además, 18 colectivos de producción radial que funcionan en las escuelas locales producen cientos de horas de programación radial mensualmente.

Aunque los siguientes párrafos no implican de manera alguna un análisis exhaustivo de los productos culturales del Colectivo, me gustaría resaltar varias características. El foco de mucha de la programación está en las culturas, estilos de vida, historias, personajes y temas locales. Las series de televisión y radio tienen títulos tales como *Lo Nuestro*, *Fiestas que Unen*, *Así es mi Tierra*, *San Jacinto*, *La Historia del Bullarengue* [24] o *Vida y Memoria de Montes de María*. Hay, por ejemplo, todo un programa de televisión de una hora dedicado a la preparación del *mote de queso* tradicional.

En otro caso, un episodio de un programa radial llamado *Tradición o Conservación* tiene que ver con el dilema de hacer tambores y cuestiona si quienes fabrican estos instrumentos, deberían hacerlo siguiendo la tradición y continuando con la deforestación requerida por el oficio, o si deberían en cambio proteger sus bosques [25].

En varias entrevistas y testimonios, los productores de radio y televisión del Colectivo mencionan toda la investigación que deben hacer para sus producciones. Por investigación ellos entienden la lectura de libros sobre el tema, las entrevistas con personas del común y con expertos, la búsqueda en archivos en las instituciones locales. Claramente, todas estas actividades llevan a los niños y niñas a interactuar con el entorno que los rodea de una forma diferente, más comprometida y más crítica.

Los participantes del Colectivo, cuentan cómo comienzan a usar los micrófonos y los visores de las cámaras como mecanismos para centrar la mirada en su propio entorno:

“Cuando llegué al Colectivo por primera vez, Sora me dio la bienvenida y luego me dijo: ‘Necesitamos una historia sobre El Carmen; toma esta cámara y ve a buscarla’. Yo nunca había visto, ni mucho menos usado, una cámara de televisión. Ella solo me dio tres instrucciones y luego me mandó a trabajar. Estaba aterrorizado de pensar que los fuera a defraudar pero ella me tranquilizó. Salí con la cámara y empecé a mirar a través del visor. Todo se veía diferente. Mirando a través de la cámara, subí y bajé por las calles y grabé cosas que me parecieron interesantes. Cosas a las que nunca les había puesto atención. Conocí mi pueblo de una manera diferente, como si fuera un pueblo distinto, extraño. Además, la gente me miraba con curiosidad y respeto. Llevar una cámara de televisión es algo que la gente admira. Poco a poco empecé a sentirme muy bien. Estoy muy agradecido con Sora y los demás del Colectivo por esa oportunidad. Ahora soy una persona diferente y siento profundamente que pertenezco a este equipo” [26].

Los niños y adolescentes de Montes de María están profundamente inmersos en las culturas, géneros y formatos de los medios masivos. Lo mismo sucede con los participantes del Colectivo. Por ejemplo, Eva -una antigua participante- cuenta cómo ella misma quería replicar un formato mediático con el que estaba familiarizada:

“Estaba realmente sorprendida porque desde la primera reunión, ellos [los coordinadores del Colectivo] nos pidieron que propusiéramos nuestras propias ideas para nuevos programas.

Para mí era impensable que desde el comienzo nos dieran semejante voto de confianza y semejante oportunidad. Yo había tomado algunos cursos, pero no tenía experiencia en estas cosas. Sin embargo, empezamos a pensar en una propuesta. Hicimos varias y nos las rechazaron. Finalmente, propuse *Atrévete* con Eva y la aceptaron. La producción de este programa fue muy exigente; tuve que trabajar muy

duro. Tuve que hacer mucha investigación, hablar con mucha gente y convencerla de participar. Quería que fuera algo así como *El show de Cristina* en el que yo invitara a gente joven de la región para que compartieran sus problemas con el público en un estudio” [27].

No obstante, las dinámicas del conflicto armado y la violencia que rodean a estos mismos muchachos y muchachas y su recién descubierta fascinación por explorar su propio contexto, los jalonan en direcciones diferentes a los géneros *mass* mediáticos. Como resultado, muchos de los programas producidos para la radio y la televisión se centran en el desplazamiento forzoso; algunos ejemplos son: *Cuando los ángeles lloran*, producido por el colectivo de radio *Efectos y Compromisos* del barrio Nelson Mandela, sobre las mujeres que llegaron a El Carmen después de ser desplazadas a la fuerza por las masacres de El Salado y de otros actos violentos en la región; o *Dos Historias en Conflicto*, producido por el mismo colectivo, acerca de la comunidad de San José del Peñón, o *Se fue la Luz, Vino la Violencia*, un programa radial sobre la negligencia del Estado y la violencia, producido por un colectivo juvenil y parte de la serie *Vida y Memoria en Montes de María*.

Finalmente, la programación irradia los valores y el *ethos* que las fundadoras del Colectivo, Soraya, Beatriz y Modesta, han labrado; como el respeto por el otro, la valoración de la diferencia y la contribución al bien común. Tres focos temáticos aparecen una y otra vez: primero, el respeto por el medio ambiente; segundo, la cultura ciudadana; y tercero, la valoración de las identidades/diferencias locales.

CONCLUSIONES

El Colectivo de Comunicación de Montes de María se ha comprometido en la lucha por desarrollar un ambiente de socialización, alterno a la negligencia del Estado, los sistemas clientelistas y las opciones militaristas para resolver la vida. A través de su “escuela sin muros”, el Colectivo ha creado un espacio de comunicación donde las generaciones más jóvenes se pueden reinventar como ciudadanos y ciudadanas que actúan bajo códigos sociales y culturales diferentes a los de sus padres y abuelos -quienes, por décadas, han cultivado códigos que enseñan que la única manera de hacer respetar los derechos propios, es atemorizar al otro.

Más que proponer una cultura de la paz, o persuadir a las audiencias acerca de la convivencia pacífica, el Colectivo le permite a sus miembros *experimentar y sentir* la paz en su vida cotidiana.

Se asume que sólo la experiencia directa de lo que es vivir sin temor y el sentir en carne propia la pertenencia a un colectivo en el cual se puede confiar y con el que se puede contar, resultarán en un aprecio por la paz. El Colectivo se compromete a facilitar las condiciones bajo las cuales sus miembros puedan vivir tales experiencias, con la esperanza de que, más tarde, estos mismos niños, niñas y adolescentes de Montes de María se comprometan personal y profesionalmente a preservar un estado de derecho, a respetar las normas de la convivencia pacífica, a respetar, valorar y reconocer la diferencia, y a diseñar estrategias no violentas para la resolución de conflictos. Un documento del Colectivo dice: “Aprendimos que, aunque somos tan pequeños como un grano de arena en el inmenso territorio que es Colombia, nosotros también somos responsables del futuro de este país y de nuestro propio futuro” (Colectivo de Comunicación de Montes de María Línea 21 1999, 16).

En 2002, el Premio Nacional de Paz se le otorgó a la Asociación de Municipios del Alto Ariari. En esta región, los municipios estaban tan inmersos en el conflicto guerrilla-paramilitares que cada uno de ellos se conocía como “municipio guerrillero” o “municipio paramilitar”. Se asumía que cualquier persona que viviera en un municipio guerrillero era miembro de la guerrilla o al menos partidario de la misma, y viceversa. Por lo tanto, la gente de un “municipio guerrillero” tenía que hacer grandes desvíos para llegar a su destino sin tener que pasar por el “municipio paramilitar” y viceversa.

El Premio de la Paz le fue entregado a una asociación que surgió de la nada y que desarrolló una serie de iniciativas para erradicar esos rótulos asociados con el conflicto. Liderados por dos alcaldes -uno del “municipio guerrillero” y el otro del “municipio paramilitar”- este esfuerzo por construir la paz volvió a unir a los vecinos. En una extensa entrevista con Tatiana Duplat, uno de los alcaldes señala que una de las lecciones más importantes aprendidas en la experiencia fue que las comunidades civiles pueden en realidad construir espacios de paz paralelos al conflicto armado sostenido por la guerrilla, los paramilitares y el ejército.

Es decir, los civiles se empoderaron a medida que fueron tomando conciencia de su capacidad para construir sus propios espacios de solidaridad, de recurrir al otro para jugar un partido de fútbol, para ir de compras a un pueblo cercano, o para coquetear y divertirse con alguien de otro pueblo -aún cuando estos espacios debían coexistir con los grupos armados y sus lógicas binarias y militaristas (2003). En palabras de Duplat, “aunque la guerra invade y presiona la vida cotidiana y el tejido social, las comunidades encuentran formas de re-establecer un espacio de autodeterminación” (221).

Esta misma conciencia y sentido de empoderamiento se pueden encontrar en los participantes del *Colectivo de Comunicación de Montes de María*. Cuando Wilgen Peñalosa cuenta lo que sintió la primera vez que la plaza central se llenó de vecinos para ver una película, o cuando un padre habla de su mayor auto-confianza y de la habilidad que ha descubierto en sí mismo para resolver conflictos familiares sin recurrir a la violencia, los habitantes de Montes de María toman conciencia de su propia capacidad para construir un tejido social de solidaridad, cercanía, confianza y no violencia.

Otro denominador común entre la experiencia de Montes de María y la experiencia que investiga Duplat en el Alto Ariari es el compromiso en torno a la construcción a largo plazo de la paz; es decir, no se apuesta por una paz inmediata a través de tratados de paz o acuerdos entre líderes de grupos armados y el estado; en cambio se trabaja por un tejido social democrático fundado en el empoderamiento ciudadano. En Montes de María, el Colectivo de Comunicación abre un espacio donde cada individuo ha podido tener una vivencia directa de la convivencia en paz, de la resolución no violenta de los conflictos, de la legitimidad y valoración de la diferencia. La apuesta es que cada uno de estos individuos, una vez ha “saboreado” como es vivir en paz y sin violencia, ejercerá sus derechos democráticos para ampliar este tipo de ética en múltiples esferas de la vida cotidiana.

BIBLIOGRAFÍA

Appadurai, Arjun. (1996) *Modernity at Large*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Bauman, Zygmunt. (2002) *En busca de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Beck, Ulrich. (1998) *La invención de lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Cadavid, Amparo. (2005) "Cómo Entregarle las Llaves al Ladrón. Colectivo de Comunicación de Montes de María, Línea 21. Estudio de Caso". Bogotá: Banco Interamericano de Desarrollo. Reporte.

Castells, Manuel, Fernandez-Ardevol et al. (2005) "Electronic Communication and Socio- Political Mobilization: A New Form of Civil Society".

En Glasius, Marlies; Kaldor, Mary y Anheier, Helmut (eds.) *Global Civil Society 2005/6*, pp. 266-285. Thousand Oaks, CA: Sage.

Colectivo de Comunicaciones de Montes de María Línea 21. (2003) . Premio Nacional de Paz. El Carmen de Bolívar: Colectivo de Comunicación de Montes de María Línea 21. Documento inédito.

Fals Borda, Orlando. (1986) *Historia doble de la Costa. Retorno a la Tierra*. Tomo 4. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Fals Borda, Orlando. (1986) *Historia doble de la Costa. Retorno a la Tierra*. Tomo 4. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Freire, Paulo. (1980) *Educación como Práctica de la Libertad*. México: Siglo XXI.

Freire, Paulo. (2005) *Pedagogía del Oprimido*. México: Siglo XXI.

García Montes, Carlos Elías y Santanilla, Eulice. (1994) *Recuperación Histórica y Análisis*

Gomez, Gabriel y Quintero, Juan Carlos. (2002) *Diagnóstico del Servicio Comunitario de Radiodifusión Sonora en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Comunicaciones.

Gumucio-Dagrón, Alfonso. (2003) "Arte de Equilibristas: la Sostenibilidad de los Medios

de Comunicación Comunitarios." Ponencia presentada en la Conferencia OURMedia III. Barranquilla, Colombia: Universidad del Norte.

Hall, Stuart. (1973) *Encoding and decoding in the television discourse*. Birmingham: Centre for Cultural Studies, University of Birmingham.

Martín Barbero, Jesús. (2002) "Identities: Traditions and New Communities". *Media, Culture and Society* 24: 621-641 .

Mouffe, Chantal, (ed.). (1992) *Dimensions of Radical Democracy: Pluralism, Citizenship, Community*. London: Verso.

Mouffe, Chantal. (1988) "Hegemony and New Political Subjects: Towards a New Conception of Democracy". En Grossberg, Lawrence y Nelson, Cary (eds.) *Marxism and the Interpretation of Culture*, p. 89-102. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.

Murillo, Amparo. (1994) *Un Mundo que se Mueve Como el Río. Historia Regional del Magdalena Medio*. Bogotá: ICAHN.

Red de Gestores Sociales. (2004) Colectivo Montes de María Línea 21. Una comunidad unida para la comunicación y la paz. Bogotá: Red de Gestores Sociales. Documento inédito.

Mouffe, Chantal, (ed.). (1992) *Dimensions of Radical Democracy: Pluralism, Citizenship, Community*. London: Verso

Rodríguez, Clemencia. (2004 December 6) *Communication for Peace: Contrasting Approaches*.

The Drum Beat, issue 278. Disponible en http://www.comminit.com/drum_beat.html. También publicado en español con el título *Comunicación para la Paz: Enfoques Encontrados*. Son de Tambora edición 88. Disponible en http://www.comminit.com/la/drum_beat_88.html.

Rodríguez, Clemencia y El Gazi, Jeanine. (2005) "La Poética de la Radio Indígena en Colombia". *Códigos* 1(2): 17-34.

NOTAS

[1] Montes de María comprende 17 municipios distribuidos en 2.677 km² entre los Departamentos de Sucre y Bolívar, en la zona norte del Caribe colombiano. En la región habitan más de 420.000. Entre los municipios de Montes de María están: Carmen de Bolívar, Marialabaja, San Juan Nepomuceno, San Jacinto, Córdoba, El Guamo y Zambrano en el Departamento de Bolívar, y Ovejas, Chalán, Colosó, Morroa, Los Palmitos, San Onofre, San Antonio de Palmito y Tolú viejo en el Departamento de Sucre.

[2] Este artículo hace parte del Documento “Lo que vamos quitando a la guerra: medios ciudadanos en contexto de conflicto armado en Colombia” N5 –FES-C3 (2008). Producido por el Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, www.c3fes.net y Editado por Clemencia Rodríguez

[3] Centro de Educación Comunitario Las Flores.

[4] El capital para la antena satelital provino de una alianza con un cultivador local de tabaco. (A.C. 2000, 2).

[5] Además de los ingresos provenientes de las suscripciones a televisión por cable, el Colectivo obtiene financiación de donantes nacionales e internacionales como el PNUD, el Alto Comisionado para la Paz, el Ministerio de Cultura, la Red de Solidaridad, el Fondo Mixto, el Fondo de Educación para población de Alto Riesgo en Bolívar, las entidades de Prevención del Uso de Estupefacientes, el Observatorio del Caribe, la Red de Gestores Sociales, la Presidencia de la República, GTZ, y el Fondo de Cultura de Bolívar.

[6] Soraya Bayuelo, comunicación personal, agosto 11 - 12, 2004.

[7] En el contexto colombiano, se usa con frecuencia el término cultura ciudadana. Aunque el país ha sido democrático desde el siglo XIX, en la vida cotidiana la democracia es poco común. Los derechos y deberes se regulan mediante las relaciones patronales, el soborno, las conexiones, las influencias o los medios violentos. Una cultura ciudadana implica cultivar un tejido social en el que los individuos respeten la ley y el estado de derecho y el Estado garantice los derechos civiles. Red de Gestores Sociales 2004, 2

[8] El aparte número 3 de este capítulo fue desarrollado por Amparo Cadavid para un informe

para el Banco Interamericano de Desarrollo. Ver Cadavid 2005.

[9] Carmelo es el nacido en el municipio de El Carmen de Bolívar

[10] Décimas son versos de diez sílabas compuestos por poetas y cantores populares (decimeros) provenientes de la tradición oral y propias de varias regiones de Colombia, las cuales se improvisan, muchas de ellas se convierten en canciones.

[11] Periodista cartagenera, muy conocida y respetada en la zona por su trabajo serio. En la época directora del programa de Comunicación Social de la Universidad de Cartagena.

[12] Telecaribe es el canal regional de la Costa Atlántica que cubre esta región con

antena y que también se transmite por cable para todo el país.

[13] SENA: Servicio Nacional de Aprendizaje, institución estatal que ofrece capacitación tecnológica.

[14] Nelson me cuenta que, en esa época, las empresas de buses y taxis, generalmente abiertas 24 horas, decidieron cerrar a las seis de la noche por temor a un ataque guerrillero o paramilitar. El terminal de buses se había vuelto un objetivo porque muchos de los vendedores ambulantes se habían convertido en “espías” de uno u otro bando, y llevaban un registro de quién llegaba al pueblo. Ignorantes de la situación, los viajeros procedentes de otras regiones o pueblos se bajaban del bus en el cruce de la autopista con la entrada a El Carmen. Al no encontrar ni un solo taxi, no tenían más alternativa que caminar por el camino oscuro y desolado que conducía al pueblo. El primer edificio con el que se encontraban era el hospital; el vigilante que estaba a la entrada con frecuencia les advertía del peligro de caminar en la oscuridad y los invitaba a pasar la noche en la recepción del hospital. Los recién llegados a El Carmen pasaban allí la primera noche, sentados en la sala de espera. (Nelson, comunicación personal, diciembre 12 de 2005).

[15] Wilgen Peñalosa, comunicación personal, agosto 11 de 2004.

[16] Participante del Colectivo, entrevista personal, octubre de 2004.

[17] Eva María, coordinadora del colectivo de niños,

entrevista, febrero de 2005, citada en Sarmiento 2005, 105.

[18] Soraya Bayuelo, comunicación personal, 6 de junio de 2004.

[19] Esta es la manera como Álvaro Salgado expresa la visión que tiene del Colectivo (Alvaro Salgado, comunicación personal, 11 de agosto de 2004).

[20] El 25 de noviembre de 2005, la UNESCO declaró el espacio cultural de San Basilio de Palenque una de las 43 Obras Maestras de la Herencia Oral e Intangible de la Humanidad.

[21] Montes de María alberga varios grupos culturales distintos: la cultura anfibia afrocolombiana en Palenque y Marialabaja; las comunidades indígenas en San Jacinto, El Carmen de Bolívar y San Juan Nepomuceno; y las comunidades de la cultura ribereña en Zambrano (Río Magdalena) y San Estanislao (Canal del Dique) (Colectivo de Comunicación, Montes de María 2003, 7).

[22] El conflicto armado en la región de Montes de María es la causa de aproximadamente 37.238 personas desplazadas en la vecina Cartagena, 32.544 en Barranquilla, 6.339 en Marialabaja y 26.973 en El Carmen de Bolívar (Sarmiento 2005, 17).

[23] Soraya Bayuelo, comunicación personal, 11 de agosto de 2004.

[24] El bullarengue es una danza tradicional afrocolombiana de la región.

[25] El programa forma parte de la serie *Bárbara Charanga*, producido por el colectivo radial *Efectos y Compromisos* del barrio Nelson Mandela (Cadavid 2005, 31).

[26] Leonardo Montes, comunicación personal citada en Cadavid, 2005, 26.

[27] Eva María Tapias, comunicación personal, citada en Cadavid 2005, 50-51.

Para citar este artículo:

Rodríguez, Clemencia (2013). COMUNICACIÓN CIUDADANA EN MONTES DE MARÍA-COLOMBIA. Revista Luciérnaga, Año 5, N9. Grupo de Investigación en Comunicación, Facultad de Comunicación Audiovisual, Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid. Medellín- Colombia. ISSN 2027-1557. Págs. 99-115.